

mitidas las viudas de los griegos, como lo eran las de los hebreos ¹. Los unos y los otros eran judíos israelitas, aunque se llamaban griegos los que habian nacido en Grecia, y hebreos los que eran naturales de Palestina; y en esto se fundaba la querella de los griegos. Este ministerio cotidiano era la administracion y distribucion de las limosnas y ofrendas que se gastaban en sustentar á los fieles. El cual ministerio se encargó á seis varones aprobados y de satisfacion, como queda dicho en el capitulo VII, y se ordenó así por consejo de María santísima, como allí se dijo ². Pero creciendo el número de los creyentes fue necesario señalar tambien algunas mujeres viudas y de edad madura, para que trabajasen en el mismo ministerio, y cuidasen del sustento de los fieles, en particular de las otras mujeres y enfermos; y gastaban con ellos lo que les daban los seis dispenseros ó limosneros señalados. Estas viudas eran de los hebreos. Y pareciéndoles á los griegos que era poca confianza de las suyas no admitirlas ni ocuparlas en este ministerio, se querellaron ante los Apóstoles de este agravio.

190. Para componer esta diferencia, el colegio apostólico hizo juntar la multitud de los fieles y les dijeron: *No es justo que nosotros dejemos la predicacion de la palabra de Dios para acudir á la sustentacion de los hermanos que vienen á la fe. Elegid vosotros á siete varones de vosotros mismos, que sean hombres sábios y llenos de Espiritu Santo, y á estos encargaremos el cuidado y gobierno de todo esto, para que nosotros nos ocupemos en la oracion y predicacion. Y á ellos acudiréis con las dudas ó diferencias que se ofrecieren sobre la comida de los creyentes* ³. Aprobaron todos este parecer, y sin diferencia de naciones eligieron siete que refiere san Lucas; y el primero y principal fue san Estéban, cuya fe y sabiduría era conocida de todos. Estos siete quedaron por superintendentes de los seis primeros y de las viudas que administraban, sin excluir á las griegas mas que á otras; porque no atendian á la condicion de las naciones, sino á la virtud de cada una. Quien mas hizo en componer esta discordia fue san Estéban, que con su admirable sabiduría y santidad extinguió luego la rencilla de los griegos, y facilitó á los hebreos, para que todos se conviniesen como hijos de Cristo nuestro Salvador y Maestro, y procediesen con sinceridad y caridad, sin parcialidades ni acepcion de personas, como lo hicieron por lo menos los meses que él vivió.

191. Mas no por esta ocupacion dejó san Estéban la predicacion

¹ Act. vi, 1. — ² Supr. n. 107, 109. — ³ Act. vi, à v. 2.

y disputas con los judíos incrédulos. Y como no le podian dar la muerte en secreto, ni resistir su sabiduría en público, vencidos del mortal odio buscaron testigos falsos contra él ¹. Acusáronle de blasfemo contra Dios y contra Moisés, y que no cesaba de hablar contra el templo santo y contra la ley, y que aseguraba que Jesús Nazareno habia de destruir lo uno y lo otro. Y como los testigos falsos contestasen todo esto, y el pueblo se alterase con las falsedades que para esto le imputaron, echaron mano de san Estéban, y le llevaron á la sala donde estaban los sacerdotes como jueces de la causa. El presidente le tomó su confesion delante de todos ²; en cuya respuesta habló el Santo con altísima sabiduría, probando con las antiguas Escrituras que Cristo era el Mesías verdadero y prometido en ellas; y por conclusion del sermon los reprehendió de su dureza y incredulidad con tanta eficacia, que como no hallaban qué responder, se taparon los oidos y rechinaban los dientes contra él.

192. Tuvo noticia la Reina del cielo de la prision de san Estéban; y al punto le envió uno de sus Ángeles, antes que llegase á las disputas con los pontífices, que de su parte le animase para el conflicto que le esperaba. Con el mismo Ángel le respondió san Estéban que iba lleno de gozo á confesar la fe de su Maestro, y con esfuerzo de corazon para dar la vida por ella, como siempre lo habia deseado, y que le ayudase su Majestad en aquella ocasion como Madre y Reina clementísima, y que solo llevaba de pena no haber podido pedirla su bendicion para morir con ella como deseaba, y que se la diese desde su retiro. Estas últimas razones movieron á compasion las maternales entrañas de María santísima sobre el amor y precio que hacia de san Estéban; y deseaba la gran Señora asistirle personalmente en aquella ocasion donde el Santo habia de volver por la honra de su Dios y Redentor, y ofrecer la vida en su defensa. Ofreciansese á la prudente Madre las dificultades que habia en salir por las calles de Jerusalem en tiempo que estaba alborotada, y no menos en hablar á san Estéban y hallar oportunidad para esto.

193. Postróse en oracion pidiendo el favor divino para su amado discípulo; y presentó al Señor el deseo que tenia de favorecerle en aquella última hora. Y la clemencia del muy alto, que siempre está atento á las peticiones y deseos de su Esposa y Madre, y queria tambien hacer mas preciosa la muerte de su fiel siervo y discípulo Estéban, envió desde el cielo nueva multitud de Ángeles que juntos con los de María santísima la llevasen luego donde estaba el

¹ Act. vi, à v. 11. — ² Ibid. vii, à v. 1.

Santo. Ejecutóse al punto como el Señor lo mandaba; y los santos Ángeles pusieron á su Reina en una refulgente nube, y la llevaron al tribunal donde san Estéban estaba, y el sumo sacerdote le acababa de examinar en los cargos que le hacian. Esta vision fue oculta para todos, fuera de san Estéban, que vió á la gran Reina delante de sí mismo en el aire llena de divinos resplandores y de gloria; y vió tambien á los Ángeles que la tenian en la nube. Este incomparable favor encendió de nuevo la llama del amor divino y el ardiente celo de la honra de Dios en su defensor Estéban. Y á mas del nuevo júbilo que recibió con la vista de María santísima, sucedió tambien, que de los resplandores que tenia la gran Reina, como herian el rostro de san Estéban, reverberaban en él, causándole una admirable claridad y hermosura.

194. De esta novedad resultó la atencion con que san Lucas en el capítulo vi de los Hechos apostólicos dice ¹ que miraron á san Estéban los judíos que estaban en aquella sala ó tribunal, que vieron su cara como de un Ángel; porque sin duda lo parecia, mas que de hombre. Y no quiso ocultar Dios este efecto de la presencia de su Madre santísima, para que fuese mayor la confusion de aquellos pérfidos judíos, si con un milagro tan patente no se reducian á la verdad que san Estéban les predicaba. Pero no conocieron la causa de aquella hermosura sobrenatural de san Estéban; porque ni eran dignos de conocerla, ni convenia entonces manifestarla; y por esta razon tampoco la declaró san Lucas. Habló María santísima á san Estéban palabras de vida y de admirable consuelo; y le asistió dándole bendiciones de suavidad y dulzura, y orando por él al eterno Padre para que de nuevo le llenase de su divino espíritu en aquella ocasion. Todo se cumplió como la Reina lo pidió, como lo manifiesta el invencible esfuerzo y sabiduría con que san Estéban habló á los príncipes de los judíos, y probó la venida de Cristo por Salvador y Mesías, comenzando el discurso desde la vocacion de Abraham hasta los reyes y profetas del pueblo de Israel, con testimonios irrefragables de todas las antiguas Escrituras.

195. Al fin de este sermon, por las oraciones de la Reina que estaba presente, y en premio del invicto celo de san Estéban, se le apareció nuestro Salvador desde el cielo, abriéndose para esto, y manifestándose Jesús en pié á la diestra de la virtud del Padre, como quien asistia al Santo en su batalla y conflicto para ayudarle. Alzó los ojos san Estéban, y dijo: *Mirad que veo abiertos los cielos*

¹ Act. vi, 15.

y su gloria, y en ella veo á Jesús á la diestra del mismo Dios ¹. Pero la dura perfidia de los judíos tuvo estas palabras por blasfemia, y cerraron los oídos para no oirlas. Y como la pena del blasfemo, segun la ley, era que muriese apedreado, mandaron ejecutarla en san Estéban. Entonces acometieron todos á él, como lobos, para sacarle de la ciudad con grande impetu y alboroto. Y cuando esto se comenzaba á ejecutar, le dió su bendicion María santísima; y animándole se despidió del Santo con grande caricia, y mandó á todos los Ángeles de su guarda le acompañasen y asistiesen en su martirio hasta presentar su alma en la presencia del Señor. Y solo un Ángel de los que asistian á María santísima, con los demás que descendieron del cielo para llevarla á la presencia de san Estéban, la volvieron al cenáculo.

196. Desde allí vió la gran Señora por especial vision todo el martirio de san Estéban y lo que en él sucedia ²; como lo llevaban fuera de la ciudad con gran violencia y voceria, dándole por blasfemo y digno de muerte; como Saulo era uno de los que mas concurrían en ella, y como celoso de la ley de Moisés guardaba los vestidos de todos los que se ahorraron dellos para apedrear á san Estéban; como le herian las piedras que llovian sobre él; y que algunas quedaban fijas en la cabeza del Mártir, engastadas con el esmalte de su sangre. Grande fue y muy sensible la compasion que nuestra Reina tuvo de tan crudo martirio; pero mayor el gozo de que san Estéban le consiguiese tan gloriosamente. Oraba con lágrimas la piadosa Madre, para no faltarle desde su oratorio; y cuando el invicto Mártir se reconoció cerca de espirar, dijo: *Señor, recibid mi espíritu* ³. Y luego con alta voz puesto de rodillas añadió diciendo: *Señor, no les imputeis á estos hombres este pecado* ⁴. En estas peticiones le acompañó tambien María santísima, con increíble júbilo de ver que el fiel discípulo imitaba tan ajustadamente á su Maestro, orando por sus enemigos y malhechores, y entregando su espíritu en manos de su Criador y Reparador.

197. Espiró san Estéban oprimido y herido de las pedradas de los judíos, quedando ellos mas endurecidos en su perfidia. Y al punto llevaron los Ángeles de la Reina aquella purísima alma á la presencia de Dios, para ser coronada de honor y gloria eterna. Recibió la Cristo nuestro Salvador con aquellas palabras de su Evangelio y doctrina: *Amigo, asciende mas arriba* ⁵; *ven á Mí, siervo fiel; que si*

¹ Act. vii, 55. — ² Ibid. 57. — ³ Ibid. 58. — ⁴ Ibid. 59.

⁵ Luc. xiv, 10.

en lo poco y breve lo fuiste, Yo te premiaré con abundancia ¹, y te confesaré delante de mi Padre por mi fiel siervo y amigo; porque tú me confesaste delante de los hombres ². Todos los Ángeles, Patriarcas, Profetas, y todos los demás recibieron especial gozo accidental aquel día, y dieron el parabien al invicto Mártir, reconociéndole por primicias de la pasión del Salvador, y capitán de los que después de su muerte le seguirían por el martirio. Fue colocada aquella alma felicísima en lugar de gloria muy superior y cercana á la santísima humanidad de Cristo nuestro Salvador. La beatísima Madre participaba de este gozo por la visión que de todo tenía; y en alabanza del Altísimo hizo cánticos y loores con los Ángeles. Los que volvieron del cielo dejando allá á san Estéban, la dieron gracias por los favores que había hecho al Santo, hasta colocarle en la felicidad eterna de que gozaba.

198. Murió san Estéban á los nueve meses después de la pasión y muerte de Cristo nuestro Redentor, á veinte y seis de diciembre, el mismo día que la santa Iglesia celebra su martirio, y aquel día cumplía treinta y cuatro años de edad, y también era el año treinta y cuatro del nacimiento de nuestro Salvador, ya cumplido, un día entrado el año de treinta y cinco. De manera que san Estéban nació también otro día después del nacimiento del Salvador, y solo tuvo san Estéban de más edad los nueve meses que pasaron de la muerte de Cristo hasta la suya; pero en un día concurrió su nacimiento y su martirio; y así se me ha dado á entender. La oración de María santísima y la de san Estéban merecieron la conversión de Saulo, como adelante diremos ³. Y para que fuese más gloriosa permitió el Señor que el mismo Saulo desde este día tomase por su cuenta perseguir la Iglesia y destruirla, señalándose sobre todos los judíos en la persecución que se movía después de la muerte de san Estéban, por haber quedado indignados contra los nuevos creyentes, como diré en el capítulo siguiente. Recogieron los discípulos el cuerpo del invicto Mártir ⁴, y le dieron sepultura con grande llanto, por haberles faltado un varón tan sábio, y defensor de la ley de gracia. Y en su relación me he alargado algo, por haber conocido la insigne santidad de este primer Mártir, y por haber sido tan devoto y favorecido de María santísima.

¹ Matth. xxv, 21, 23. — ² Ibid. x, 32. — ³ Infr. n. 263.

⁴ Act. viii, 2.

Doctrina que me dió la gran Reina de los Ángeles.

199. Hija mía, los misterios divinos, representados y propuestos á los sentidos terrenos de los hombres, suenan poco en ellos, cuando los hallan advertidos y acostumbrados á las cosas visibles, y cuando el interior no está puro, limpio y despejado de las tinieblas del pecado; porque la capacidad humana, que por sí misma es pesada y corta para levantarse á cosas altas y celestiales, si á más de su limitada virtud se embaraza toda en atender y amar lo aparente, aléjase más de lo verdadero, y acostumbrada á la oscuridad se deslumbra con la luz. Por esta causa los hombres terrenos y animales hacen tan desigual y bajo concepto de las obras maravillosas del Altísimo ¹, y de las que yo también hice y hago cada día por ellos. Huellan las margaritas, y no distinguen el pan de los hijos del grosero alimento de los brutos irracionales. Todo lo que es celestial y divino les parece insípido; porque no les sabe al gusto de los deleites sensibles, y así están incapaces para atender las cosas altas y aprovecharse de la ciencia de vida y pan de entendimiento que en ellas está encerrado.

200. Pero el Altísimo ha querido, carísima, preservarte de este peligro, y te ha dado ciencia y luz, mejorando tus sentidos y potencias, para que habilitadas y avivadas con la fuerza de la divina gracia, sientas y juzgues sin engaño de los misterios y sacramentos que te manifestó. Y aunque muchas veces te he dicho que en la vida mortal no los penetrarás, ni pesarás enteramente; más debes y puedes según tus fuerzas hacer digno aprecio de ellos para tu enseñanza y imitación de mis obras. En la variedad ó contrariedad de penas y desconsuelos con que estuvo tejida toda mi vida, aun después que estuve con mi Hijo santísimo á su diestra en el cielo, y volví al mundo, entenderás que la tuya, para seguirme como á Madre, ha de ser de la misma condición, si quieres ser dichosa y mi discípula. En la prudente y igual humildad, con que gobernaba á los Apóstoles y á todos los fieles sin parcialidad ni singularidad, tienes forma para saber como has de proceder en el gobierno de tus súbditas con mansedumbre, con modestia, con severidad humilde, y sobre todo sin aceptación de personas, y sin señalarte con alguna en lo que á todas es debido y puede ser común. Esto facilita la verdadera caridad y humildad de los que gobiernan; porque si obra-

¹ I Cor. ii, 14.

sen con estas virtudes, no serian tan absolutos en el mandar, ni tan presuntuosos de su propio parecer, ni se pervertiria el orden de la justicia con tanto daño como hoy padece toda la cristiandad; porque la soberbia, la vanidad, el interés, el amor propio y de la carne y sangre se ha levantado con casi todas las acciones y obras del gobierno; con que se yerra todo, y se han llenado todas las repúblicas de injusticias y confusion espantosa.

201. En el celo ardentísimo que yo tenia de la honra de mi Hijo santísimo y Dios verdadero, y que se predicase y defendiese su santo nombre; en el gozo que recibia cuando en esto se iba ejecutando su voluntad divina, y se lograba en las almas el fruto de su pasion y muerte con dilatarse la santa Iglesia; los favores que yo hice al glorioso mártir Estéban, porque era el primero que ofrecia su vida en esta demanda; en todo esto, hija mia, hallarás grandes motivos de alabar al muy alto por sus obras divinas y dignas de veneracion y gloria, y para imitarme á mí, y bendecir á su inmensa bondad por la sabiduría que me dió para obrar en todo con plenitud de santidad en su agrado y beneplácito.

CAPÍTULO XII.

La persecucion que tuvo la Iglesia despues de la muerte de san Estéban; lo que en ella trabajó nuestra Reina; y como por su solicitud ordenaron los Apóstoles el Símbolo de la fe católica.

Persecucion que levantó contra la Iglesia, y singulares demostraciones que hizo en ella Saulo. — Causa oculta de esta persecucion. — Permitió el Señor que Lucifer viese á María cuando la llevaban los Ángeles á asistir á san Estéban. — Creyó el demonio acobardar á los fieles con los tormentos y muerte. — Plática que hizo Lucifer á sus demonios turbado con el triunfo de Estéban, y el favor que para él le hizo María. — Medio que arbitró con ánimo de destruir la Iglesia. — Encendió á los pérfidos judíos en furiosa envidia y engañoso celo de la ley de Moisés. — Diversos arbitrios que dieron los pérfidos para destruir la Iglesia irritados de los demonios. — Salieron por la persecucion de Jerusalem los discípulos, y quedaron con María los Apóstoles. — Oficios de piedad y veneracion que hizo María con el cuerpo y reliquias de san Estéban. — Introdujo María en la Iglesia que los fieles llevasen cada uno una cruz consigo. — Especial participacion de los divinos atributos que manifestó María en el cuidado de la Iglesia en esta y otras persecuciones. — Arrojó con su imperio á Lucifer y sus demonios al infierno, donde estuvieron encarcelados ocho dias. — En virtud de la exhortacion de María ningun Apóstol salió en esta persecucion de Jerusalem. — Alentó á los discípulos que salieron para que fuesen predicando á Cristo crucificado. — Enviábales los Ángeles para que los animasen y llevasen, cuando fuese ne-

cesario. — Como socorria á los moribundos y á las almas que iban al purgatorio. — Cuánto ayudó á los Apóstoles en sus cuidados y trabajos de esta persecucion. — Admirable serenidad del espíritu de María entre tantas ocupaciones. — Operaciones interiores y ejercicios que hacia en su retiro. — Participacion de las perfecciones divinas que renovaba en la soledad para las obras del gobierno de la Iglesia. — Razones que tuvo María para tratar de que se dispusiese el formar el Símbolo de la fe. — Para disponer este negocio tan importante perseveró María en oracion, ayunos y otros ejercicios por mas de cuarenta dias. — Oracion que hizo al Señor por él, y la luz de los Apóstoles para formarlo. — Bajó Cristo personalmente del cielo para responder á estas peticiones de su Madre. — Palabras amorosas que la dijo condescendiendo á sus ruegos. — Especiales favores que la hizo en esta visita. — Declaróla el Símbolo por los mismos términos que se habia de formar. — Razones de renovarla el Señor esta noticia. — Inspiracion divina que tuvieron Pedro y los demás Apóstoles para formar el Símbolo de la fe. — Dispúsiéronse con diez dias de ayuno y oracion. — Plática que hizo san Pedro á los demás Apóstoles congregados en presencia de la Madre de Dios para formar el Símbolo. — Celebró para esta accion misa san Pedro, y comulgaron María y los Apóstoles. — Vino en esta ocasion otra vez el Espíritu Santo sobre los Apóstoles en señales visibles. — Formacion del Símbolo de la fe. — Cuándo ordenaron este Símbolo los Apóstoles. — Aprobacion sensible que hizo del el Espíritu Santo. — Protestacion de la santa fe, como se contiene en el Símbolo que hizo María en manos de san Pedro luego que se formó, en nombre suyo y de todos los hijos de la Iglesia. — Devocion que tuvo María al Símbolo de la fe despues que le formaron los Apóstoles. — Humildad y agradecimiento con que decia *nació de María Virgen*. — Á la intercesion de la Virgen se debe la reverencia y frecuencia con que se reza en la Iglesia. — Cantábanla los Angeles el *Credo* y *Ave María*. — Reverencia que hacian al nombre de *Jesús* y al de *María* al pronunciarlos. — Exhortacion á la reverencia con que se han de rezar el *Credo*, *Pater noster* y *Ave María*, y reprehension de la irreverencia con que se dicen. — Cuánto agrada á Dios la devocion á la doctrina cristiana. — Cuán reprehensible es conociendo lo que toca á la gloria de Dios y bien del alma no cuidar luego de ponerlo por obra. — Redargucion desta tibieza con la diligencia en lo temporal.

202. El mismo dia que fue san Estéban apedreado y muerto, dice san Lucas¹, se levantó una gran persecucion contra la Iglesia que estaba en Jerusalem. Y señaladamente dice que Saulo la devastaba², inquiriendo por toda la ciudad á los seguidores de Cristo para prenderlos ó denunciarlos ante los magistrados, como lo hizo con muchos creyentes que fueron presos y maltratados, y algunos muertos en esta persecucion. Y aunque fue muy terrible por el odio que los príncipes de los sacerdotes tenian concebido contra todos los seguidores de Cristo, y porque Saulo se mostraba entre todos mas acérrimo defensor y emulador de la ley de Moisés, como él

¹ Act. viii, 1. — ² Ibid. 3.